

Comiendo buenos quesos;
Y á fe que de este modo
No nos importa un bledo
Cuanto enloquece á muchos,
Que serían muy cuerdos
Si hicieran en la corte
Lo que en la aldea hacemos.

FELIX MARÍA SAMANIEGO

FÁBULAS

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

A dos Amigos se aparece un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado á la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca,
Huélele las narices y la boca,
No le siente el aliento,
Ni el menor movimiento,
Y así, se fué diciendo sin recelo:
“Este tan muerlo está como mi abuelo.”
Entónces el cobarde,
De su grande amistad haciendo alarde,

Del árbol se desprende muy ligero,
Corre, llega y abraza al compañero,
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesión alguna,
Y al fin le dice:—Sepas que he notado
Que el Oso te decia algún recado.
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido;
Estas dos palabritas al oído:

*Aparta tu amistad de la persona
Que, si te ve en el riesgo te abandona.*“

EL RATÓN DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO

Un Ratón cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Ratón campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscando
Con el mayor esmero,
Para alojar á *Roepan Primero*.
Sus sentidos allí se recreaban:
Las paredes y techos adornaban,
Entré mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils y cecinas.
Saltaban de placer ¡oh qué embeleso!
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situación tan lisonjera

Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino; mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto á diente.
“¡Esto tenemos! dijo el campesino;
Reniego yo del queso, del tocino
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos.,,
Volvióse á su campiña en el instante,
Y estimó mucho más de allí adelante,
Sin zozobra, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres

CONGRESO DE LOS RATONES

Desde el gran *Zapirón*, el blanco y rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido *Miauragato*
Quien más sangrientamente
Persiguió á la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecución la desdichada,
En *Ratópolis* tuvo su congreso.
Propuso el elocuente *Roequeso*
Echarle un cascabel, y de esa suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno á uno,
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
—“Yo soy corto de vista.—Yo muy viejo.—
Yo gotoso—decían: El concejo

Se acabó como muchos en el mundo.
Proponen un proyecto sin segundo,
Lo oprobaban, hacen otro: ¡Qué portento!
Pero ¿la ejecución? Ahí e-tá el cuento.

LA GATA CON CASCABELES

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal concurso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apénas divisarla se podía.
Ella con mil monadas
El cascabel parlero sacudia;
Pero cesando al fin el sonsonete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora,
Y se le puso á ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella.
A todos enamora
Tanto, que en la gatesca compañía
Cuál dice su atrevido pensamiento,
Cuál se encrespa celoso,
Riñen éste y aquél con ardimiento.
Pues con ansia quería

Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase *Garraf*, gato prudente,
Y á los enfurecidos
Les grita: "Novel gente,
¡Gata con cascabeles por esposa!
¡Quién pretende tal cosa!
¿No veis que el cascabel la caza abuyenta,
Y que la dama hambrienta
Necesita sin duda que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provisión en los desvanes,
Mientras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea?.,
Marchóse *Zapaquilla* convencida,
Y lo mismo quedó la concurrencia.
¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariencia!"

LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
Una Lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado,
Que va diciendo á todo el que lo advierte
¡Yo si que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento,
Que alegre la ofrecía
Inocentes ideas de contento.

Marchaba sola la feliz Lechera,
Y decia entre si de esta manera:
«Esta leche vendida,
En limpio me dará tanto dinero,
Y con esta partida
Un canasto de buevos comprar quiero
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el *pio, pio*.
»Del importe logrado
De tanto pollo mercaré un cochino;
Con bellota, salvado,
Berza, castaña, engordará sin tino;
Tanto, que puede ser que yo consiga
Ver cómo se le arrastra la barriga.
»Llevarélo al mercado,
Sacaré de él sin duda buen dinero,
Compraré de contado,
Una robusta vaca y un ternero,
Que salte y corra toda la campaña,
Hasta el monte cercano á la cabaña.»
Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera,
Que á su salto violento
El cántaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! Adios leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero.
¡Oh loca fantasía,
Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento,
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiembre su cantarillo la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor ó más próspera fortuna;
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.
*No anheles, impaciente el bien futuro,
Mira que ni el presente está seguro.*

EL LOBO Y EL PERRO

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lúcido, sano y bueno,
Que le dijo:—Yo extraño
Que estés de tan buen año
Cómo se deja ver por tu semblante,
Cuando á mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte.—
El Perro respondió:—Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado,
Retírate á poblado,
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.
—Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga,
A que el hambre me obliga,
De andar por montes sendereando peñas,

Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores.—
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Varios puntos tratando en confianza,
Pertenecientes á llenar la panza.
En ésto el Lobo, por algún recelo,
Que comenzó á turbarle su consuelo,
Mirando al Perro, dijo:—He reparado
Que tienes el pescuezo algo pelado.
Dime: ¿Qué es eso?—Nada.
—Dímelo, por tu vida, camarada.
—No es más que la señal de la cadena;
Pero no me da pena,
Pues aunque por inquieto
A ella estoy sujeto,
Me sueltan cuando comen mis señores,
Recibenme á sus piés con mil amores,
Ya me tiran el pan, ya la tajada,
Y todo aquello que les desagrada,
Este lo mal asado,
Aquél un hueso poco descarnado,
Y aun un glotón, que todo se lo traga,
A lo ménos me halaga,
Pasándome la mano por el lomo:
Yo meneo la cola, callo y como.
Todo eso es como yo te lo confieso.
—Pero por fin y al cabo tú estás preso,
Jamás sales de casa,
Ni puedes ver lo que en el mundo pasa.
—Es así:—Pues amigo,

La amada libertad que yo consigo
No he de trocarla de manera alguna
Por tu abundante y próspera fortuna.
Marcha, marcha, á vivir encarcelado;
No serás envidiado
De quien pasea el campo libremente,
Aunque tú comas tan glotonamente
Pan, tajadas y huesos, porque al cabo
No hay bocado en sazón para un esclavo.—

EL LOBO Y LA OVEJA

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente;
Quedó con vida milagrosamente,
Mas inválido, al fin, y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia,
El hambre al mismo tiempo le afligía;
Pero como cazar áun no podía,
Con las hierbas hacia penitencia.
Una oveja pasaba, y él la dice:
—Amiga, ven acá, llega al momento;
Enfermo estoy y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.—
—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?
Le responde la Oveja recelosa;
Dime, pues, una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito
Y tragarme después como á un Pollito?
Anda, que te conozco, marrullero.—
Así dijo, y se fué; si no, la mata.
¿Cuánto importa saber con quién se trata!

LOS GATOS ESCRUPULOSOS

¿Qué dolor! por un descuido
Micifus y Zapiron
Se comieron un capón,
En un asador metido.
Después de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarían con prudencia
En comerse el asador,
¿Le comieron? No señor.
Era caso de conciencia.

LOS ANIMALES CON PESTE

En los montes, los valles y collados,
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí, donde su corte el León tenía,
Mirando cada día
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos

De enfermos miserables y de muertos.
—Mis amados hermanos,
Exclamó el triste Rey, mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga:
Tal vez se aplacará con que se le haga
Sacrificio de aquel más delincuente,
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado.
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido, á fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.
—Señor, dijo la Zorra, en todo eso
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna,
De los viles, cornudos animales
Los sacros dientes y las uñas reales.—
Trató la córte al Rey de escrupuloso.
Allí del Tigre, la Onza y aún el Oso
Se oyeron confesiones
De robos y de muertes á millones;
Mas entre la grandeza sin lisonja,
Pasaron por escrupulos de monja.
El Asno, sin embargo, muy confuso,
Prorrumpió:—Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,
Yo hambriento y él lozano,
Sin guarda ni testigo,

Cai en la tentación: comí del trigo.
—¡Del trigo! ¡Y un Jumento!
Gritó la Zorra, ¡horrib'e atrevimiento!—
Los cortesanos claman:—Este, éste,
Irrita al cielo, que nos da la peste.—
Pronuncia el Rey de muerte la sentencia,
Y ejecutóla el Lobo á su presencia.

*Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable,
Cuándo te miran pobre y miserable.
Esto hallará en la córte quien la vea,
Y áun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*

TOMAS DE IRIARTE

FÁBULAS

EL RATON Y ELGATO

Tuvo Esopo famosas ocurrencias:
¡Qué invencion tan sencilla! ¡qué sentencias!...
He de poner, pues que la tengo á mano,
Una fábula suya en castellano.
«Cierto (dijo un Raton en su agujero)
No hay prenda más amable y estupenda
Que la fidelidad; por eso quiero
Tan de veras al perro perdiguero.»
Un gato replicó: «Pues esa prenda
Yo la tengo tambien.....» Aquí se asusta

Mi buen Raton, se esconde,
Y, torciendo el hocico, le responde:
«¿Cómo! ¿la tienes tú?.... Ya no me gusta.»
La alabanza que muchos creen justa,
Injusta les parece,
Si ven que su contrario la merece.
¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
Puede ser que le agrade y que le instruya.
—Es una maravilla:
Dijo Esopo una cosa como suya.
—Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;
Salió de mi cabeza.—¿Con que es tuya?
—Sí, señor erudito:
Ya que ántes tan feliz le parecía,
Critiquemela ahora porque es mía.

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO

Un Oso, con que la vida
Ganaba un piamontes,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: «¿Qué tal?»
Era perita la Mona,
Y respondióle: «Muy mal.
—Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
¿Pues qué! ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?»
Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: «Bravo, ¡bien va!

Baillarín más excelente
No se ha visto ni verá.»
Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y con ademan modesto
Hubo de exclamationar así:
«Cuando me desapróbaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»
Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, ¡malo!
Si el necio aplaude, ¡peor!

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER

Harta de paja y cebada,
Una Mula de alquiler
Salía de la posada,
Y tanto empezó á correr,
Que apenas el Caminante
La podía detener.
No dudo que en un instante
Su media jornada haría;
Pero algo más adelante
La falsa caballería
Yá iba retardando el paso.
«¿Si lo hará de picardía?.....
»¡Arre!..... ¿te paras?..... Acaso
Metiendo la espuela..... Nada.
Mucho me temo un fra:aso.

«Esta vara, que es delgada.....
Ménos..... Pues este aguijón.....
Mas ¿si estará ya cansada?»

Coces tira..... y mordiscón:
Se vuelve contra el jinete.....
¡Oh qué corcovo, qué envión!
Aunque las piernas apriete. ...
Ni por esas.... ¡Voto á quién!
Larrabas que la sujete.....

Por fin dió en tierra..... «¡Muy bien!
¿Y eres tú la que corrias?.....
¡Mal muermo te mate, amén!
«No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.»

Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,
Al punto digo: «¡Cuidado!
¡Tente hombre! que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler.»

EL ASNO Y SU AMO

«Siempre acostumbra hacer el vulgo necio
De lo bueno y lo malo igual aprecio:
Yo le doy lo peor, que es lo que alaba.»
De este modo sus yerros disculpaba
Un escritor de farsas indecentes;
Y un taimado poeta que lo oía

Le respondió en los términos siguientes:

«Al humilde Jumento
Su dueño daba paja, y le decía:
Toma, pues que con eso estás contento.
Dijolo tantas veces, que ya un día
Se enfadó el Asno, y replicó: Yo tomo
Lo que me quieres dar; pero, hombre injusto,
¿Piensas que sólo de la paja gusto?
Dame grano, y verás si me lo como.»

Sepa quien para el público trabaja,
Que tal vez á la plebe culpa en vano;
Pues si dándole paja, come paja,
Siempre que le dan grano, come grano.

LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
(No diré corria)
Volaba un Conejo.
De su madriguera
Salió un compañero,
Y le dijo: «Tente,
Amigo; ¿qué es esto?
—¿Qué ha de ser? responde:
Sin aliento llevo.....
Dos picaros galgos
Me vienen siguiendo.
—Sí (replica el otro),
Por allí los veo.....
Pero no son galgos.
—¿Pues que son?—Podencos.

—¿Qué? ¿podencos dices?
Sí, como mi abuelo.
Galgos y muy galgos,
Bien vistos los tengo.
—Son podencos: vaya,
Que no entiendes de eso.
—Son galgos te digo.
—Digo que podencos.»
En esta disputa,
Llegando los perros,
Pillan descuidados
A mis dos Conejos.
Los que por cuestiones
De poco momento
Dejan lo que importa,
Llévense este ejemplo.

LOS HUEVOS

Más allá de las islas Filipinas
Hay una, que ni sé cómo se llama,
Ni me importa saberlo, donde es fama
Que jamás hubo casta de gallinas,
Hasta que allá un viajero
Llevó por accidente un gallinero.
Al fin tal fué la cria, que ya el plato
Más comun y barato
Era de huevos frescos; pero todos
Los pasaban por agua (que el viajante
No enseñó á componerlos de otros modos).
Luégo de aquella tierra un habitante
Introdujo el comerlos estrellados.

¡Oh qué elogios se oyeron á porfía
De su rara y fecunda fantasía!
Otro discurre hacerlos escalfados....
¡Pensamiento feliz! Otro rellenos....
¡Ahora sí que están los huevos buenos!
Uno despues inventa la tortilla,
Y todos claman ya: «¡Qué maravilla!»
No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: «Sois unos petates;
Yo los haré revueltos con tomates.»
Y aquel guiso de huevos tan extraño
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luégo los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugonota*
Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ¡qué condimentos delicados
No añadieron despues los reposteros!
Moles, dobles, hilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.
Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un dia: «Presumis en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Más allá de las islas Filipinas?

EL ERUDITO Y EL RATÓN

En el cuarto de un célebre Erudito
Se hospedaba un Raton, ratón maldito!
Que no se alimentaba de otra cosa
Que de roerle siempre verso y prosa.

Ni de un gatazo el vigilante celo
Pudo llegarle al pelo,
Ni extrañas invenciones
De varias é ingeniosas ratoneras,
O el rejalgar en dulces confecciones,
Curar lograron su incesante anhelo
De registrar las doctas papeleras,
Y acribillar las páginas enteras.

Quiso luégo la trampa
Que el perseguido autor diese á la estampa
Sus obras de elocuencia y poesia;
Y aquel bicho travieso,
Si antes lo manuscrito le roía,
Mucho mejor roía ya lo impreso.

«¿Qué desgracia la mía!
(El literato exclama) ya estoy harto
De escribir para gente roedora;
Y por no verme en esto, desde ahora
Papel blanco no más habrá en mi cuarto.
Yo haré que este desorden se corrija.....»
Pero sí; la traidora sabandija,
Tan hecha á malas mañas, igualmente
En el blanco papel hincaba el diente.

El autor, aburrido,
Echa en la tinta dosis competente
De seliman molido:

Escribe (yo no sé si en prosa ó verso)
Devora, pues, el animal perverso,
Y revienta por fin..... «¡Feliz receta!
Dijo entónces el crítico poeta:
Quien tanto roe, mire no le escriba
Con un poco de tinta corrosiva.»
Bien hace quiea su crítica modera;
Pero usarla conviene más severa
Contra censura injusta y ofensiva,
Cuando no hablar con sincero denuedo
Poca razon arguye, ó mucho miedo.

LA ARDILLA Y EL CABALLO

Mirando estaba una Ardilla
A un generoso Alazán
Que dócil á espuela y rienda,
Se adestraba en galopar.
Viéndole hacer movimientos
Tan veloces y á compás,
De aquesta suerte le dijo
Con muy poca cortedad:

«Señor mio.
De ese brio,
Ligereza
Y de-treza
No me espanto
Que otro tanto
Suelo hacer, y acaso más.
Yo soy viva,
Soy activa,
Me meneo,

Me paseo,
Yo trabajo,
Subo y bajo,
No me estoy quieta jamás.»
El paso detiene entonces
El buen Potro, y muy formal,
En los términos siguientes
Respuesta á la Ardilla da:
«Tantas idas
Y venidas,
Tantas vueltas
Y revueltas
(Quiero, amiga,
Que me diga)
¿Son de alguna utilidad?
Yo me afano,
Mas no en vano;
Sé mi oficio,
Y en servicio
De mi dueño
Tengo empeño
De lucir mi habilidad.»
Con que algunos escritores
Ardillas también serán
Si en obras frívolas gastan
Todo el calor natural.

EL BUEY Y LA CIGARRA.

Arando estaba el Buey, y á poco trecho
La cigarra, cantando, le decía:
«¡Ay, ay! qué surco tan torcido has hecho!»

Pero él la respondió: «Señora mía,
Si no estuviera lo demas derecho,
Usted no conociera lo torcido.
Calle, pues, la aragana reparona;
Que á mi amo sirvo bien, y él me perdona
Entre tantos aciertos un descuido.»
¡Miren quién hizo á quién cargo tan futil!
Una cigarra al animal más útil.
Mas ¿si me habrá entendido
El que á tachar se atreve
En obras grandes un defecto leve?

EL TÉ Y LA SALVIA.

El Té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la Salvia en el camino.
Ella le dijo:—¿A dónde vas, compadre?
A Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.
—Yo, respondió la Salvia, voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina.
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
—Anda con Dios, No perderás el viaje.
Pues no hay nación alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.—
La Salvia me perdona;
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defendería lo contrario;

Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio;
Y español que tal vez recitaría
Quinientos versos de Boileau y el Taso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

EL GALLO, EL CERDO Y EL CORDERO.

Había en un corral un gallinero,
En este gallinero un Gallo había,
Y detras del corral, en un chiquero,
Un Marrano gordísimo yacia.
Item más, se criaba allí un Cordero,
Todos ellos en buena compañía;
Y ¿quién ignora que estos animales
Juntos suelen vivir en los corrales.

Pues (con perdon de ustedes) el Cochino
Dijo un dia al Cordero. «¡Qué agradable,
Qué feliz, qué pacífico destino
Es el poder dormir! ¡Qué saludable!
Yo te aseguro, como soy gorrino,
Que no hay, en esta vida miserable,
Gusto como tenderse á la bartola.
Roncar bien y dejar rodar la bola.»

El Gallo por su parte al tal Cordero
Dijo en otra ocasión: «Mira, inocente,
Para estar sano, para andar ligero,
Es menester dormir muy parcamente,
El madrugar en Julio ó en Febrero
Con estrellas, es método prudente,

Porque el sueño entorpece los sentidos,
Deja los cuerpos flojos y abatidos.»
Confuso ambos dictámenes coteja
El simple Corderillo, y no adivina
Que lo que cada uno le aconseja
No es más que aquello mismo á que se inclina.
Acá entre los autores ya es muy vieja
La trampa de sentar como doctrina
Y gran regla á la cual nos sujetamos.
Lo que en nuestros escritos practicamos.

LA VÍBORA Y LA SANGUIJUELA.

«Aunque las dos picamos (dijo un día
La Víbora á la simple Sanguijuela),
De tu boca reparo que se fia
El hombre, y de la mia se recela.»

La chupona responde: «Ya, querida;
Mas no picamos de la misma suerte.
Yo, si pico á un enfermo, le doy vida;
Tú, picando al más sano, le das muerte.»

Vaya ahora de paso una advertencia:
Muchos censuran, sí, lector benigno;
Pero á se que hay bastante diferencia
De un censor útil á un cesor maligno.

JORGE PITILLAS.

(PSEUDONIMO DE DON JOSÉ GERARDO DE HERVÁS)

SATIRA.

No más, no más callar, ya no es posible;
Allá voy, no me tengan; fuera digo,
Que se desata mi maldita horrible.
No censures mi intento, oh Lelio amigo,
Pues sabes cuánto tiempo he contrastado
El fatal movimiento que ahora sigo.
Ya toda mi cordura se ha acabado,
Ya llegó la paciencia al postrer punto,
Y la atacada mina se ha volado.
Protesto que pues hablo en el asunto,
Ha de ir lo de antaño y lo de hogaño,
Y he de echar el repollo todo junto.
Las piedras, que mil días há que apaño,
He de tirar sin miedo, aunque con tiento,
Por vengar el comun y el propio daño.
Baste ya de un indigno sufrimiento,
Qué reprimí con débiles reparos
La justa saña del conocimiento,
He de seguir la senda de los raros:
Que mendigar sufragios de la plebe,
Acarrea perjuicios harto caros,
Y ya que otro no chista ni se mueve,
Quiero yo ser satirico Quijote
Contra todo escritor follón y aleve.
Guerra declaro á todo monigote,

Y pues sobran justísimos pretextos,
Palo habrá de los piés basia el cogote.
No me amedrentes, Lelio, con tus gestos
Que ya he advertido que el callar á todo
Es confundirse tontos y modestos.
En vano intentas con severo modo
Serenar el furor que me arrebató;
Ni á tus pánicos miedos me acomodo.
¿Quieres que aguante más la turba ingrata
De tanto necio, idiota presumido,
Que vende plomo por preciosa plata?
¿Símpre he de oír no más? ¿No permitido
Me ha de ser el causarles un mal rato,
Por los muchos peores que he sufrido?
Tambien yo soy al uso literato,
Y se decir *romboides*, *turbillones*
Y blasfemar del viejo *Peripato*.
Bien sabes que imprimí unas conclusiones
Y en famoso teatro argüí recio,
Fiando mi razon de mis pulmones.
Sabes con cuánto afán busco y aprecio
Un libro de impresión *elzeviriana*
Y le compro (aunque ayune) á todo precio.
Tambien el árbol quise hacer de Diana,
Mas faltóme la plata del conjuro,
Aunque tenía vaso, nitro y gana.
Voy á la biblioteca, allí procuro
Pedir libros que tengan mucho tomo,
Con otros clicos de lenguaje oscuro.
Apunto en un papel que pesa el plomo,
Que Discórides fué grande herbolario,
Segun refiere *Wandelnarchik* el romo.

Y allego de noticias un a'mario,
Que pudieran muy bien, segun su casa,
Aumentar el *Mercurio Literario*.

Hablo francés aquello que me basta
Para que no me entiendan, ni yo entienda,
Y fermentar la castellana pasta:

Y aun por eso me *choca* la leyenda
En que no *arriba* hallarse un *apanaje*
Bien entendido que al discreto ofenda.

Batir en ruina, es célebre *pasaje*
Para adornar una española *pieza*,
Aunque Galván no entienda tal potaje.
¿Qué es esto, Lelio? ¿Mueves la cabeza?
¿Que no me cres dices? ¿Que yo mismo
Aborrezco tan bárbara simpleza?

Tienes, Lelio, razon; de este idiota: mo
Abomino el ridículo ejercicio,
Y huyo con gran cuidado de su abismo.

La práctica de tanto error y vicio
Es, empero, segun te la he pintado,
De un moderno escritor sabido oficio.

Hácele la ignorancia más osado,
Y basta que no sepa alguna cosa,
Para escribir sobre ella un gran tratado.

Y si acaso otra pluma más dichosa
En docto escrito deleitando instruye,
Se le exalta la bilis envidiosa.

Y en fornido volúmen, que construye,
Empuñando por pluma un varapalo,
Le acribilla, le abrasa, le destruye.

Ultrajes y dicterio son regalo
De que abundan tan torpes escrituras,

Siendo cada palabra un fuerte palo.

En todo lo demas camina á obscuras,
Y el asunto, lo olvida ó le defiende
Con simplezas é infieles imposturas.

Su ciencia sólo estriba en lo que ofende,
Y como él diga desvergüenzas muchas,
La razón, ni la busca, ni la entiende.

A veces se prescinde de estas luchas,
Y hace toda la costa el propio Marte,
En que hay plumas tambien que son muy duchas.

No menor ignorancia se reparte
En estas infelices producciones,
De que Dios nos defienda y nos aparte.

Fijanse en las esquinas cartelones,
Que al poste más macizo y berroqueño
Le leban tan ampollas y chichones.

Un título pomposo y alagüeño,
Impreso en un papel azafranado,
Da del libro magnífico diseño.

Atiza la *Gaceta* por su lado,
Y es gran gusto comprar por pocos reales
Un librejito amarillo y jaspeado.

Caen en la tentación los animales,
O aún los que no lo son, porque desean
Ver á sus compatriotas racionales.

Pero ¡oh dolor! mis ojos no lo vean,
Al leer del frontón el renglón postrero,
La esperanza y el gusto ya flaquea.

Marín Sanz ó *Muñoz* son mal agüero,
Porque engendran sus necias oficinas
Todo libro civil y chapucero,
Crecen á cada paso las molinas,

Viendo brotar por planas y renglones
Mil sandeces insulsas y mezquinas,
Toda dedicatoria es clausulones
Y voces de pié y medio que al Mexénas
Le dan en vez de incienso, coscorrones.
Todo prologo entona cantilenas,
En que el autor se dice gran supuesto,
Y bachiller por Lugo ó por Atenas.
No menos arrogante é inmodesto,
Pondera su proyecto abominable,
Y ofrece de otras obras dar un cesto.
Yo lo fio, copiante perdurable,
Que de ajenos andrajos mal zurcidos
Formas un libro engerto en porra ó sable.
Y urgando en albañales corromp dos
De una y otra asquerosa Poliantea,
Nos apestas el alma y los sentidos.
El estilo y la frase inculta y fea
Ocupa la primera y postrer llana,
Que leo enteras sin saber que lea.
No halla la inteligencia siempre vana
Sentido en que emplearse, y en las voces
Derelinques la frase castellana.
¿Por qué nos das tormentos tan atroces?
Habla, bribón, con menos retornelos,
A paso llano y sin vocales coces.
Habla, como han hablado tus abuelos,
Sin hacer profesión de boquilebo,
Y en tono que te enrienda Ciempozuelos.
Perdona, Lelio, el descortés arrobó;
Que en llegando este punto no soy mio,
Y estoy, con tales cosas, hecho un bobo.

Déjame lamentar el desvarío
De que nuestra gran lengua esté abatida,
Siendo de la elocuencia el mayor río.
Es general locura tan crecida,
Y casi todos hablan cual pudiera
Velloso geta ó rústico numida.
¡Y á éstos respeta el Tajo! ¡A éstos venera
Manzanares, y humilde los adora!
¡Oh ley del barbarismo agría y severa!
Preguntaráme, acaso, Lelio, ahora,
Cuáles son los implícitos escribas
Contra quienes mi pluma se acalora.
Yo te daré noticias positivas
Cuando hable *nominatim* de estos payos
Y les ponga el pellejo como cribas.
Más claro que cincuenta papagayos
Dirá sus nombres mi furioso pico,
Sin rodeos, melindres ni soslayos.
¿La frente arrugas? ¿Tuerces el hocico?
¿Al *nominatim* haces arrumacos?
Oyeme dos palabras te suplico.
Yo no he de llamar á estos bellacos
Palabra alguna que la ley detesta,
Ni diré que son putos, ni verracos.
Sólo diré que su ignorante testa,
Animada de torpe y brutal mente,
Al mundo racional le es muy infesta.
Tontos los llamaré tan solamente,
Y que sus libros á una vil cocina
Merecen ser llevados prestamente,
A que Dominga, rústica y mohina,
Haga de ellos capaces cucuruchos

A la pimienta y á la especia fina.
De este modo han escrito otros más duchos
Satíricos de grados y corona,
De que da la leyenda ejemplos muchos.
En sus versos *Lucilio* no perdona
Al cónsul, al plebeyo, al caballero;
Y hace patente el vicio y la persona.
Ni *Lelio* adusto, ni *Scipion* severo.
Del poeta se ofenden, aunque majé
A *Metelo* y á *Lupo* en su mortero.
Cualquiera sabe, más que sea paje,
Que *Horacio*, con su pelo y con su lana,
Satiriza el paguato y el bardaje.
Y entre otros á quien zurra la badana,
Por defectos y causas diferentes,
Con *Casio* el escritor no anduvo rana.
Pues montas, si furioso hincó los dientes
Al culto *Alpino*, aquel que en sus cantares
Degollaba *Memnones* inocentes;
El que pintaba al *Rin* los aladares
En versos tan malditos y endiablados
Como pudiera el mismo *Cañizar* es.
Persio á todo un *Neron* tiró bocados,
Y sus conceptos saca á la vergüenza,
A ser escarnecidos y afrentados.
Juvenal su la'or así comienza,
Y á *Codro* el escritor nombra y censura
Sin que se tenga á mucha desvergüenza.
No sólo la *Theseida* le es muy dura;
A *Télefo* y á *Orésteles* spiritado
También á puros golpes los madura.
Con esto á sus autores hunde un lado,

Si á *Cluvieno* le quiebra una costilla,
Y una pierna á *Mathon* el abogado.
Con libertad, en fin, pura y sencilla,
Observa en toda su obra el mismo estilo,
Nombrando á cuantos lee la cartilla.
Y por si temes que me falté asilo
En ejemplo de autor propio y casero,
Uno he de dar que te levante en vilo.
Cervantes, el divino viajero,
El que se fué al *Parnaso* piano, piano,
A cerner escritores con su arnero,
Si el gran *Mercurio* no le va á la mano,
Echa á *Lofraso* de la nave al Ponto,
Por escritor soez y chabacano.
De *Arbol inches* descubre el genio tonto,
Nombra á *Pedrosa* novelero infando,
Y en criticar á entrambos está pronto.
Sigue el *Pastor de Iberia*, autor nefando,
Y el que escribió la *Pícara Justina*,
Capellán lego del contrario bando,
Y si este libro tanto se acrimina,
¿Qué habría si al *Alfonso* áspero y duro
Le pillase esta musa censorina?
Otros más, con intento casto y puro,
Ata de su censura á la fiel rueda,
Y les hace el satírico conjuro.
Aunque implícitamente, y sin que pueda
Discernir por la bulla y mescolanza
Cudl es *Carcilasista* ó *Timoneda*.
Bien la razón de su razón se alanza,
Porque (como él en versos placenteros
Intima en el discurso de su andanza)

*Cerñcalos que son lagartijeros,
No esperen gozar las preeminencias
Que gozan gavilanes no pecheros.*

Cesen ya, Lelio, pues, tus displicencias,
Y á vista de tan nobles ejemplares,
Ten los recelos por impertinencias.

Y excusemos de dares y tomares;
Que el hablar claro siempre fué mi maña,
Y me como tras ello los pulgares.

Conozco que el fingir me aflige y daña;
Y así, á lo blanco siempre llamé blanco,
Y á *Mañer*, le llamé siempre alimaña.

No por eso mi genio liso y franco
Se empleará tan sólo en la censura
Del escrito que cree cojo ó manco;

Con igual gusto, con igual lisura,
Daré elogios, humilde y respetoso
Al que goza en el mundo digna altura.

Que no soy tan mohino y escabroso,
Que me oponga al honor, crédito y lustre
De autor que es benemérito y famoso.

Pero, ¡oh cuán corto que es el bando ilustre!
¡Cuán pocos los que el justo Jove ama,
Y en quien mi saña crítica se frustra!

Ya ves cuán impetuosa se derrama
La turba multa de escritores menos
Que escriben á la hambre y no á la fama.

Y así no estrañes, no, que en mis extremos
Me muestre más sañudo que apacible,
Pues me fuerza el estado en que nos vemos.

La vista de un mal libro me es terrible,
Y en mi mano no está que en este caso

Me deje dominar de la irascible.

Días há que con ceño nada escaso
Hubiera desahogado el entresijo
De las fatigas tétricas que paso.

Si tú, en tus cobardias siempre fijo,
No hubieras conseguido reportarme;
Pero ya se fué, amigo, quien lo dijo.

De aquí adelante pienso desquitarme;
Tengo de hablar, y caiga el que cayere:
En vano es detenerme y predicarme.

Y si acaso tú ú otro me dijere
Que soy semipagano y corta pala,
Y que este empeño más persona quiere,

Sabe, Lelio, que en esta cata y cala,
La furia que me impele y que me ciega,
Es la que el desempeño más señala;

Que aunque es mi musa principiante y lega,
Para escribir contra hombres tan perversos,
Si la naturaleza me lo niega,
La misma indignación me hará hacer versos.

SONETO

¡Oh, tú, cuervo infeliz, cuyo graznido,
Con bronca voz, con destemplado aliento,
Al compás del más rústico instrumento
Intimas desazones al oído!

¿Dí qué infernal Apolo te ha influido
Tan discordes, tan bárbaros conciertos?
¡Oh, quién nunca tuviera entendimiento
Para que nunca fueses entendido!

Deja la inculca lira; no presumas
Profanar, atrevido é insolente,
La noble ocupación de nobles plumas;
Pues no conseguirás aunque lo intente
Tu necia rustiquez con ánsias sumas,
Que el sagrado laurel orle tu frente.

JOSÉ IGLESIAS DE LA CASA

ANACREÓNTICAS

Vuela, ruiseñor blando,
Vuela, y cuéntale á Nise
Las lágrimas que á Arcadio
Llorar por ella viste.
Dile que ovejas, flores,
Aves, fuentes y vides,
De su desdén murmuran,
De mi dolor se afligen.
Dile cómo en su ausencia
Sólo su voz repite:
«Llorad, ojos cansados;
Salid, lágrimas tristes.»
Dile, en fin, que se acuerde...
Pero ya nada dile;
Di solo, si gustáres,
Di que espirar me viste.

Dormiendo yo á la sombra

De unas frondosas vides,
Soñé que Egon los brazos
Gozaba de mi Nise
Yo entonces entre sueños
Incorporarme quise
A vengar con su muerte
Mis celos insufribles.
Pero desperté en ésto,
Y al ver sola á mi Nise,
Reclinado en su seno
Volvi luégo á dormirme.

Cortó un cabello Nise
De sus doradas trenzas,
Y con él ambas manos
Me ligaba halagüeña.
Yo me reí, creyendo
Que fácil cosa fuera
Quebrantar las lazadas
Con que amarrarme intenta.
Mas después lloré, ¡triste!
Cuando al querer romperlas,
Aquel blando cabello
Le hallé dura cadena.

CANTILENA

Un colorín hermoso,
Que en torno revelaba
De un arrayán frondoso
Donde mi amante estaba
Dormida en dulce sueño,
Luego que de mi dueño